

CARTAS DE DOROTEO DE GAZA¹ Y EL MISTERIO DE LA CONCIENCIA

1. Introducción

Las Cartas de Doroteo a sus discípulos y seguidores son, como el resto de su obra, una construcción retórica típica de lo que se llama “Teología Monástica”. Por eso es muy difícil saber si son una construcción literaria cuidadosamente elaborada, pero sin destinatario real, o simples respuestas a preguntas presentadas por discípulos a su maestro. Pero lo que no deja lugar a dudas es el carácter de unidad que revisten, siguiendo un hilo sutil que es el misterio de la conciencia, al que Doroteo dedicó su Conferencia 3 a los monjes. Por eso vamos a detenernos en este punto.

2. El Misterio de la Conciencia

Le damos este nombre de “Misterio” pues es el que mejor corresponde a la descripción que hace Doroteo de la conciencia en sus conferencias. En efecto, al comenzar la tercera dice así:

*40. Cuando Dios creó al hombre, puso en él un germen divino, una especie de facultad más viva y luminosa que una chispa, para iluminar el alma y permitirle discernir entre el bien y el mal. Es lo que llamamos conciencia, que no es sino la ley natural. Ella está representada –según los Padres– por los pozos que cavó Jacob y que los filisteos llenaron de tierra (cfr. Gn 26,15). Conformándose a esa ley de la conciencia, los Patriarcas y todos los santos anteriores a la ley escrita fueron agradables a Dios. Pero progresivamente los hombres la fueron sepultando por sus pecados y terminaron por despreciarla, de tal modo que nos hicieron falta la **ley escrita**, los **profetas**, y la misma **venida de Nuestro Señor***

¹ Cartas 1-2, traducción del P. Néstor Andrés Valencia, osb (y P. Mauro Matthei, osb), publicadas en *CuadMon* 10 (1969), pp. 105-119. Cartas 3-16, traducción del P. Fernando Rivas.

Jesucristo para sacarla a la luz y despertarla, para revivir por la práctica de sus santos mandamientos esa chispa sepultada. Está ahora en nosotros el enterrarla nuevamente o dejarla brillar para que nos ilumine, si es que le obedecemos. En efecto, si nuestra conciencia nos indica hacer tal cosa y nosotros la despreciamos, si ella insiste nuevamente y nosotros no hacemos lo que dice, persistiendo en pasarla por alto, terminaremos por sepultarla y el peso con que la hemos tapado le impedirá en adelante hablarnos con claridad.

La conciencia es una realidad divina en el hombre, que le habla de las cosas de Dios. Sin embargo, por el pecado, el hombre la va acallando, la va enterrando, al punto de no poder oírla más. Para que el hombre pueda volver a oírla fue necesario, según una ley de la providencia divina, la entrega de la ley escrita (Moisés); la voz de los profetas y finalmente, ante el fracaso de todas esas mediaciones, la venida de Nuestro Señor Jesucristo.

Todo el combate espiritual del hombre, del monje, está dirigido a restituir a la conciencia su carácter de espejo de la voz de Dios. Pero el único remedio que actuó con eficacia fue la venida del Hijo de Dios hecho hombre. Es la última de las etapas que Doroteo ya señaló al comienzo de sus escritos y que no es sino la historia de la salvación, tal como se presenta en las Escrituras:

1. En el principio **Dios** (Ὁ Θεὸς) creó al hombre y lo puso en el Paraíso, como dice la Sagrada Escritura (Gn 2,15). Después de haberlo dotado de todo tipo de virtud, le dio el precepto de no comer del árbol que se encontraba en el medio del Paraíso (Gn 2,16-17)... Dios hizo al hombre a su imagen (Gn 1,27), es decir inmortal, libre y dotado de toda virtud. Pero al transgredir el precepto y comer del árbol que Dios le había prohibido, fue expulsado del Paraíso... (Conf. 1,1).

2. Pero finalmente, **el Dios de bondad** (Ὁ Ἄγαθὸς Θεὸς) tuvo piedad de su creatura y le dio la ley escrita, a través de Moisés. En ella prohibía ciertas cosas y ordenaba otras: “Haz esto, no hagas aquello”. Les dio los mandamientos y agregó: “El Señor Dios es el único Señor” (Dt 6,4), con el objeto de alejar del politeísmo sus almas... Y finalmente: No tendrás otros dioses, ni ninguna imagen de lo que está arriba, en el cielo, ni de lo que está abajo, en la tierra (Dt 5,7-8), pues adoraban a todas las creaturas (Conf. 1,2).

3. **El Dios de bondad** (Ὁ Ἄγαθὸς Θεὸς) dio la ley para socorrer, para convertir y para corregir el mal. Pero el mal no fue corregido. Envío a los profetas, pero ni ellos pudieron hacer algo, pues el mal sobrepasaba todo límite... “Hemos cuidado a Babilonia, pero ella no se curó” (Jr 51,9),

como si dijese: hemos manifestado tu nombre, proclamamos tus mandamientos, tus beneficios, tus promesas... pero “no han aceptado la enseñanza (paideían)” (Jr 2,30), es decir, la advertencia, la instrucción (didaskalian). “Su alma aborrecía todos los manjares, y ya tocaba las puertas de la muerte” (Sal 106,18; Conf. 1,3).

4. Entonces **el Dios de bondad y amigo de los hombres** (Ὁ Ἄγαθὸς καὶ φιλόανθρωπος Θεὸς), envió a su Hijo único (cf Jn 3,16), pues sólo Dios podía curar y vencer tal mal. Los profetas no lo ignoraban. David lo decía claramente: “Tú que te sientas sobre Querubines, muéstrate. ¡Despierta tu poder y ven a salvarnos!” (Sal 79,2-3)...

Vino entonces nuestro Señor, haciéndose hombre por nuestra causa, para sanar, dice san Gregorio (Oratio 38), lo semejante por lo semejante, el alma por el alma, la carne por la carne. Porque se hizo hombre en todo, menos en el pecado. Tomó nuestra misma sustancia, las primeras ofrendas de nuestra masa (cfr. Nm 15,20), y pasó a ser un nuevo Adán a imagen de Aquél que lo había creado (Col 3,10; Conf. 1,4).

Tal como encabeza Doroteo todos sus escritos, esta historia de la salvación, presentada como anáfora retórica (etapas introducidas por el mismo estribillo), que se hizo también anáfora eucarística para introducir la Institución de la Eucaristía y la celebración eucarística, toda la economía de la salvación está dirigida a restituir a la conciencia humana su carácter de ser portadora de la voz de Dios.

La conciencia, así restablecida, habla al hombre en todo momento y le revela la voluntad de Dios en todas las dimensiones de su vida, tal como dice la *Carta 2*:

Vigilemos nuestra conciencia en todas las cosas que se refieren a Dios y al prójimo, y también en las cosas materiales. Antes de decir o hacer algo examinemos primero si esto está conforme con la voluntad de Dios. Y después de haber obrado así, obremos y hablemos arrojando ante Dios nuestra impotencia. Y que su bondad nos acompañe en todo. (n. 187)

Esta afirmación repite textualmente la que Doroteo había dado en su *Conferencia 3* sobre la Conciencia (ns. 43 ss.): *Pero cuidar la conciencia implica una gran diversidad de aplicaciones. Cuidarla en lo que respecta a Dios, en lo que respecta al prójimo y en lo que respecta a las cosas materiales.* Esta conciencia, muy lejos de su concepción moderna, no es una simple realidad subjetiva, es una presencia divina a la que el sujeto humano ha hecho callar y tapar por anteponerle su propia subjetividad: su voluntad propia, su propio juicio. Esta voz puja por hacerse escuchar y, aunque totalmente enmudecida

por el pecado del hombre, el Misterio Pascual de Cristo y su sangre derramada la ha limpiado, y por la penitencia y observancia de su voluntad puede volver a restaurarla. De este modo se transforma, como decía Cristo a la Samaritana (cfr. *Jn 4*), en un pozo de agua. En efecto, la conciencia es, para Doroteo en su *Conferencia 3*, como los pozos de agua que cavaron Jacob y los patriarcas en Palestina, pero que los filisteos taparon de tierra y barro para que no pudiesen dar más agua, que es fuente de vida. Cristo vino a limpiar todo ese barro para que pueda volver a brotar un agua viva, y pueda escucharse en forma cristalina la voz de Dios. De allí que la práctica del examen de conciencia, práctica muy apreciada por Doroteo (*Conf. 10*), sea mucho más que un análisis introspectivo de la propia situación personal. Es entrar en el pozo, sacar todo ese barro que lo cubre y encontrarse con la vertiente, en un encuentro en el que el trabajo humano de cavar, permite a la vida divina brotar desde lo más profundo de su interior y hablar al hombre sin ningún obstáculo ni impedimento.

3. Los ámbitos de la Conciencia

Tal como decía el texto recién citado, la conciencia, como voz de Dios, abarca todo el ámbito del obrar humano, y por eso ella se refiere, en primer lugar, a la fuente de donde brota, es decir, a la conducta humana respecto a Dios. En segundo lugar, a nuestra relación con el prójimo, y en tercer lugar, al modo de comportarnos con el mundo de las cosas materiales, lo que incluye el propio cuerpo. Siguiendo esta división, podemos decir:

- a. Guardar la conciencia con respecto a Dios: *Carta 1*.
- b. Guardar la conciencia con respecto al prójimo: *Carta 2*.
- c. Guardar la conciencia con respecto a las cosas materiales: *Carta 3*.

Si se percibe esta división y clasificación, las restantes 13 cartas son fácilmente agrupables en alguna de estas tres categorías.

4. La redención de la conciencia

Como dijimos, toda la economía de la salvación tiene por objeto devolver a la conciencia su claridad como portadora de la voz de Dios. Sin embargo la ley escrita falló. La voz de los profetas fue acallada. Sólo la encarnación del Hijo de Dios pudo llegar a la fuente de donde brota, que no es otra que la compunción. Este es el tema de la famosa *Carta 7* de Doroteo a un hermano que decía haber perdido la sensibilidad del alma:

Contra la insensibilidad (anaesthésias = anestesia) del alma, hermano, es útil leer continuamente las divinas Escrituras, así como las sentencias “katanúctikas” de los Padres teóforos, guardar el pensamiento de los terribles juicios de Dios.... También es bueno recordar las grandes tribulaciones de la humanidad, pues incluso así, el alma dura e insensible podrá ablandarse y tomar conciencia de su propia miseria (n. 192).

El alma, por el pecado, queda como “anestesiada”. La sensibilidad (*aisthesis* = estética) pierde su capacidad de percepción de las cosas de Dios. Sólo la compunción del corazón puede redimirla y restaurarla. Esa compunción comienza con el repaso del gran drama de la historia de la salvación (“es bueno recordar las grandes tribulaciones de la humanidad”) contenido en las Escrituras, en la anáfora eucarística y en el mismo texto de las Conferencias de Doroteo, tal como están estructuradas por el recopilador final. Todos ellos se dirigen hacia el Misterio Pascual, como clave para despertar y ablandar la dureza del alma humana. Luego vienen como instrumentos anexos la lectura de los textos de los Padres teóforos, inspirados y los llamados “textos compunctorios”², que muy posiblemente sean las colecciones de lecturas patrísticas³ que se leían en las Vigilias nocturnas⁴.

² Los textos de los Padres *teóforos* ya están incorporados en la liturgia del monasterio de Doroteo en esos himnos que comenta para que sus monjes en las *Conferencias 16 y 17*. También están incluidos en colecciones de textos para la lectura personal o pública. Y sabemos que su objetivo era el mismo que Doroteo le señala a este monje insensible: producir la compunción (*catanúxis*) del alma al que los oye. El término “*catanúctico*”, que Doroteo emplea en la Carta al hermano que confiesa la insensibilidad de su corazón, fue objeto de discusión. En el siglo XV, Hilarión de Verona tradujo la *Carta 7* al latín y, en lugar de traducir por “sermones catanúcticos”, optó por “nocturnos sermones”; quedó todo el párrafo así: “*Ad insensibilitatem animae, frater, frequens lectio divinarum Scripturarum utilis est, post nocturnos sermones deiferorum Patrum*”. Sin embargo Balthasar Cordier, en su traducción de las *Conferencias*, objeta dicha interpretación y traduce “sermones compunctorios”, lo que es retomado por I. Hausherr, quien comentaba: “*La liturgie connaît des tropaïres, des canons, des cathismas “catanyctiques” destinés à produire la componction. On a collectionné ce genre de prières, et finalement ces recueils furent appelés des catanyxis*”.

³ HAUSHERR, I., *Penthos*, (OCA 132), Roma 1944, 17 n. 9. En rigor, al decir que se trata de una literatura de compunción no queremos decir que sea el texto el que produzca la compunción, sino que el rol del escrito es el de hacer ver el estado real de miseria en que se encuentra el hombre cuando se deja llevar por el orgullo. En ello, considera Doroteo, está lo propio de la *paideia* bíblica, muy distinta a la *paideia* greco-latina, centrada en el texto como tal. Así lo presenta en la *Conf. 1,8* al decir: *En efecto ¿cómo hemos llegado a todas estas tribulaciones? ¿Por qué hemos caído en todas estas miserias?... Al ver Dios tal desobediencia dice: “El hombre está loco, no sabe ser feliz; si no pasa por días malos se perderá completamente. Si no aprende lo que es la aflicción no sabrá lo que es el reposo”. Entonces Dios le dio lo que merecía, echándolo del paraíso. Fue librado a su egoísmo y a su voluntad propia a fin de que, al quebrarse los huesos, aprendiese a no seguir más sus propios criterios, sino el precepto de Dios. De esta manera, la miseria de la des-*

Gracias a este ejercicio del alma, el alma baja a lo profundo del pozo de la conciencia, saca toda la escoria y el lodo que tapa la vertiente subterránea, y repristina la voz divina, que se transforma en un manantial inagotable de oración y encuentro del hombre con Dios, hablando de todas las cosas y en cada momento, acerca de su vida de comunión con Dios, con sus hermanos, con los bienes materiales que Dios ha entregado al hombre en este mundo.

TEXTO

CARTA 1

Carta de Doroteo a los *kiliastas*, que lo habían interrogado acerca de las visitas

180. Dicen los padres que permanecer en la celda es la primera mitad, y la otra ir a ver a los Ancianos. Este dicho significa que tanto dentro como fuera de la celda, hay que observar la misma vigilancia, y saber por qué se observa la soledad y por qué se visita a los padres y hermanos. El monje debe tener a la vista este fin, es decir preocuparse en hacer lo que dicen los padres.

Cuando está en la celda, el monje ora, medita, hace algún pequeño trabajo manual, y vigila sus pensamientos en cuanto puede. Cuando va donde los demás, reflexiona y se da cuenta de su estado; entonces ve si saliendo de la celda progresa o no al encontrarse con los hermanos, y si es capaz de regresar sin haber sufrido daño. Si lo sufre, se da cuenta que es débil y que no ha progresado en la soledad. Regresa humillado a la celda, llora, hace penitencia, invoca a Dios a causa de su debilidad y mantiene la vigilancia sobre sí mismo. Después cuando vuelve a los hombres ve si recae en las mis-

*obediencia le enseñaría el reposo de la obediencia, según la palabra del profeta: "Tu rebeldía te corregirá". Esta *paideia* divina tiene por objeto formar en la humildad al hombre orgulloso. Y la virtud de la humildad es propia del niño, del *paidós*, de la "infancia en Cristo" como dice Doroteo en *Conf.* 1,18.*

⁴ El recurso a la liturgia comparada (cfr. BAUMSTARK, A. *Liturgie comparée. Principes et méthodes pour l'étude historique des liturgies chrétiennes*, Chevetogne 1953) nos lleva a recordar que contemporáneamente a Doroteo, en Occidente, san Benito deja el testimonio más antiguo de la presencia de textos patrísticos en la liturgia: *Codices autem legantur in vigiliis divinae auctoritatis, tam veteris testamenti quam novi, sed et expositiones earum, quae a nominatis et orthodoxis catholicis Patribus factae sunt... Post hos, lectio apostoli sequatur, ex corde recitanda, et versus, et supplicatio litaniae id est "quirie eleison". Et sic finiantur "vigiliae" nocturnae.* (caput 9, cfr. *RegBen* 182, 512).

mas faltas o en otras; y al volver se entrega nuevamente a la penitencia y a las lágrimas, pide a Dios por su estado. La celda levanta y los hombres prueban. Por eso los padres tienen razón en decir que permanecer en la celda es la mitad, e ir a ver a los Ancianos la otra mitad.

181. Cuando salís los unos donde los otros debéis saber por qué dejáis la celda, y no salir jamás sin considerarlo antes, pues según los padres “el que camina sin destino pierde su trabajo”. Quien emprende una cosa, debe conocer absolutamente el fin y saber por qué la hace. ¿Cuál fin debemos tener nosotros cuando nos dirigimos donde los demás? Primero la caridad, porque se ha dicho: “ves a tu hermano, ves al Señor tu Dios”. En segundo lugar, oír las palabras de Dios. Porque es cierto que las palabras tienen mayor vida en las reuniones; a menudo lo que uno no sabe otro lo pregunta. En fin, el conocimiento del propio estado, como queda dicho.

Supongamos, por ejemplo, que uno vaya a comer con otros. Uno ve y comprende si es capaz de contenerse cuando hay un plato apetitoso o un excelente manjar, y no tomarlo; o si no pretende servirse más que su hermano, o servirse bastante. O si cuando el alimento se sirve por piezas, no toma la más grande para dejar la más pequeña al hermano. [Pues no falta quien no tenga vergüenza en rechazar la pequeña porción de su hermano, para ofrecerle la mayor]. ¿Que diferencia hay pues entre la porción más grande y la más pequeña? ¿Qué hay tan importante entre las dos para dejarse llevar a la rivalidad con un hermano por cosas tan fútiles? Es cuando se puede saber si uno se abstiene de comer demasiado.

Cuando uno se encuentra ante platos variados ¿no sucede con frecuencia que corre hasta la saciedad? [Observa entonces la “*parresía*”]. ¿Acaso no se molesta cuando ve que al hermano lo tratan y estiman mejor que a él? Y si se da cuenta que un hermano parlotea y se disipa en demasía con otro; ¿no le llama la atención? ¿No lo juzga? Es que no se mira más bien a los hermanos fervientes que se esfuerzan en hacer lo que se dice del Abad Antonio: el bien que veía en cada uno de los hermanos que visitaba, lo aceptaba y guardaba: de uno la dulzura, de otro el amor a la soledad; y se encontraba con que también tenía en sí las virtudes de cada uno. Esto es lo que debemos hacer y por eso nos visitamos los unos a los otros. De regreso a nuestras celdas, debemos examinarnos para darnos cuenta de lo que hemos aprovechado o de lo que hemos perdido. Y en aquello que vemos que hemos perseverado, demos gracias a Dios: porque es por su protección como hemos podido salir adelante sin detrimento. Pero hagamos penitencia por nuestras faltas, derrame-mos lágrimas, deploremos nuestro estado.

182. Del propio estado es del que se recibe provecho o daño. Nadie nos puede hacer mal; si lo experimentamos, vuelvo a decirlo, se debe a nuestro estado. Y en caso de repetirlo; de todo sacamos bien o mal, si lo queremos.

Les voy a poner un ejemplo para que lo comprendan. Un individuo se estaciona de noche en cualquier parte; no digo un monje; pero no importa, cualquier ciudadano. Tres hombres pasan por donde él está. Uno de ellos piensa así: “este espera a alguien para fornicar”; el segundo dice: “este es un ladrón”; el tercero: “este espera a que baje el amigo de una casa vecina para ir a orar, quién sabe dónde”. Así que los tres han visto al mismo individuo, en el mismo sitio, y no han pensado lo mismo del motivo: uno imaginó esto; el otro, lo otro; el tercero otra cosa; cada uno según su propio estado. Es como los cuerpos melancólicos y lánquidos que convierten en humores malos todo lo que absorben, aunque sea un alimento sano. La culpa no es del alimento, como he dicho, es del cuerpo mismo que siendo de mala complexión obra necesariamente según su temperamento y altera los alimentos. Lo mismo, si el alma es enfermiza, todo le hace mal; aunque la cosa sea útil le resulta nociva.

Imaginen que se echa un poco de ajeno en una vasija de miel. ¿No corrompe toda la miel haciéndola amarga? Es lo que hacemos nosotros mismos: esparcimos un poco de nuestra amargura y destruimos el bien del prójimo mirándolo según nuestro estado y alterándolo de acuerdo con la mala disposición que hay en nosotros. Los que tienen buenos hábitos se parecen a un hombre de cuerpo sano. Si come algo nocivo lo transforma según su humor, en bueno, y el alimento nocivo no le hace mal. Repito, el que tiene el cuerpo sano asimila el alimento según su temperamento. Entonces, así como lo decimos del cuerpo, que por causa de la mala complexión transforma el buen alimento en malos humores, también aquél conforme a su buena constitución convierte el alimento malo en buenos humores. He aquí un ejemplo que les hará comprender. El puerco tiene un cuerpo de muy buena complexión. Se alimenta con algarrobas, nueces, dátiles e inmundicias. Pero gracias a su buena complexión transforma este alimento en buen jugo. También nosotros si tenemos buenos hábitos y el alma en buen estado, podemos, lo repito, sacar provecho de todo aún de lo que no se puede. El libro de los Proverbios lo dice muy bien: “el que mira con dulzura alcanzará la misericordia” (*Pr* 14,7).

183. He oído contar de un hermano que cuando iba a visitar a otro, si encontraba su celda descuidada y en desorden decía para sí: “Cómo es de feliz este hermano, tan desprendido de las cosas terrenas, con el espíritu tan levantado, que ni ha tenido la preocupación de ordenar su celda”. Y si llega-

ba donde otro que tenía ordenada su celda, limpia y arreglada, decía: “La celda de este hermano es tan limpia como su alma”; “así es el estado de su alma como el de su celda”. Jamás decía a nadie: “este es desordenado”. O “este es frívolo”. Gracias a su excelente estado sacaba fruto de todo.

Que Dios en su bondad nos dé también a todos nosotros un buen estado para que podamos aprovechar de todo, y no pensar jamás mal del prójimo. Si nuestra malicia nos inspira sospechas o juicios, transformémoslos pronto en buenos pensamientos. Pues con la ayuda de Dios, no viendo el mal ajeno se comienza la bondad.

CARTA 2

**A los prepositos del monasterio y a sus discípulos.
Cómo han de dirigir los prepositos a sus hermanos y cómo estos deben someterse.**

184. Si tú eres encargado, cuida de tus hermanos con corazón severo y entrañas de misericordia y enséñales por medio de las palabras y las obras lo que es necesario practicar; pero principalmente por las obras, porque los ejemplos son más eficaces. Y si puedes sé su modelo también en los trabajos corporales, si no en el buen estado del alma, teniendo los frutos espirituales que enumera el Apóstol: la caridad, la alegría, la paz, la longanimidad, la afabilidad, la bondad (*Ga 5,22*). No te irrites en demasía por las faltas que suceden, sino que sin turbarte, muestra el mal que hay; y si es necesario repróchalo, toma la actitud que convenga, y espera el momento oportuno. No mires las pequeñas faltas como juez riguroso; no reprendas continuamente, porque esto resulta insoportable y la costumbre insensibiliza y engendra el desprecio. No mandes con imperio, sino somete humildemente el asunto al hermano: esta manera de obrar estimula, es más persuasiva y procura la paz al prójimo.

185. Si un hermano te resiste, y estás turbado, sella tu lengua para no decir nada con cólera en ese momento, y no dejes que tu corazón se excite contra él. Recuerda que él es un hermano tuyo, un miembro de Cristo e imagen de Dios, que está amenazado por el enemigo común. Ten piedad de él, no sea que el diablo, bajo el golpe de la cólera, lo lleve a la muerte; y que un alma por la que murió Cristo perezca a causa de nuestra negligencia. Recuerda que tú también estás sometido al juicio de la cólera. Que tu propia debilidad te haga compasivo con tu hermano. Da gracias por tener una ocasión de perdonar, para que alcances el perdón de Dios por tus faltas más grandes y numerosas. Porque se dijo: “*Perdonen y se los perdonará*” (*Lc 6,37*).

¿Temes perjudicar a tu hermano con tu paciencia? Pero el Apóstol manda vencer el mal con el bien (*Rm 12,21*), no el mal con el mal. Por su parte los Padres dicen: “si al reprochar a otro estás encolerizado, es tu pasión la que satisfaces”; ningún hombre sensato destruye su casa para edificar la del vecino.

186. Si perseveras turbado, haz violencia a tu corazón y ora con estas palabras: “Oh Dios bondadosísimo, que amas las almas, en tu inefable bondad nos sacaste de la nada para hacernos partícipes de tus bienes, y por medio de la sangre de tu Hijo único nuestro Salvador nos llamaste a nosotros que estábamos apartados de tus mandamientos, asiste ahora nuestra debilidad e impón silencio a la turbación de nuestro corazón como lo hiciste con el mar embravecido. No te prives ni un instante de tus hijos llevados a la muerte por el pecado y que no tengas que decirnos: ¿de qué sirvió que yo vertiera mi sangre y bajase a la muerte? (*Sal 29,10*). Y en verdad les digo que no los conozco, (*Mt 25,12*) porque nuestras lámparas se apagarían faltas de aceite” (*Mt 25,9*). Con el corazón apaciguado, con prudencia y humildad, podrás según el consejo del Apóstol: rogar, exhortar, y con compasión rectificar y cuidar de tu hermano como de un miembro enfermo. Y él por su parte recibirá con confianza tu corrección condenando él mismo su dureza. Con tu paz habrás pacificado tu corazón. Que nada te aleje de la santa doctrina de Cristo: “*Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón*” (*Mt 11,29*). Es pues necesario ser diligente en mantenerse en estado de paz, de manera que el corazón no se turbe aún por motivos justos a propósito de algún mandamiento, con la convicción de que cumplimos todos los mandamientos teniendo a la vista la caridad y la pureza del corazón.

Obrando así con tu hermano escucharás la voz divina que te dice: “*Si sacas lo precioso de lo vil, serás como mi boca*” (*Jr 15,19*).

187. En cuanto a ti que estás sometido a la obediencia, no te fíes jamás de tu corazón, porque las antiguas pasiones te engegucen. Cuídate de seguir tu propio juicio en cualquier cosa que sea y no decidas nada sin pedir consejo. No imagines que tu juicio o tus pensamientos son más razonados y justos que los de tu director; no te erijas como censor de sus acciones, censor a menudo equivocado. Pues hay allí una astucia del Maligno que entorpece la sumisión que te llevará seguramente a la salvación. Descansa en esta sumisión y seguirás sin peligro ni error la ruta de los Padres. Hazte violencia en todo y reprime tu voluntad. Cuando por la gracia de Dios te hayas acostumbrado, lo harás sin esfuerzo ni pena. Entonces todas las cosas serán según tus deseos, pues no querrás que todo sea según tu gusto sino según es, y así estarás en paz con todos. Al menos en aquellas cosas que no implican una violación de un mandamiento de Dios o de los Padres. Lucha por acusarte en todo

y mantén firme el no creerte ser alguien, con sabiduría⁵. Cree que todo lo que nos atañe, aún los más pequeños detalles, dependen de la Providencia de Dios y recibirás sin turbación lo que te sobrevenga. Cree que los ultrajes y desprecios son el remedio del orgullo de tu alma y ora por los que te maltratan como por verdaderos médicos. Persuádate de que el que odia la humillación odia la humildad, y el que huye de las personas irritadas huye de la dulzura. No procures conocer el mal de tu prójimo ni acojas las sospechas en su contra. Si nuestra malicia las hace nacer, esfuérzate en convertirlas en un buen pensamiento. Da gracias por todo, y conserva la bondad y la caridad santa. Vigilemos nuestra conciencia en todas las cosas que se refieren a Dios y al prójimo, y también en las cosas materiales. Antes de decir o hacer algo examinemos primero si esto está conforme con la voluntad de Dios. Y después de haber obrado así, obremos y hablemos arrojando ante Dios nuestra impotencia. Y que su bondad nos acompañe en todo.

CARTA 3

Al que tiene el encargo de ecónomo

188. Si no quieres caer en la cólera y en el rencor, cuídate de todo apego a las cosas materiales y no consideres nada como tuyo, pero no las desprecies como si fuesen insignificantes y sin valor. Da si te piden y no te enojas si lo rompen o destruyen por negligencia o desprecio. Es así como debes obrar, no porque desprecies los bienes del monasterio, pues tienes el deber de guardarlos con todas tus fuerzas y con todo tu celo, sino para guardar la paz y la serenidad, haciendo siempre ante Dios todo lo que te es posible. Llegarás a ello si administras los bienes no como si te pertenecieran, sino como consagrados a la mesa de Dios⁶ y solamente confiados a tu cuidado; eso te dispondrá, por un lado, a no apegarte a ellos, como te lo he dicho, y por otro a no despreciarlos. Si no tienes en cuenta eso ten por seguro que no cesarás de turbarte y turbar a los demás.

⁵ “Creerte ser alguien”: Esta expresión es muy difícil de traducir y, curiosamente, la encontramos de un modo casi exclusivo en las *Cartas* que Barsanufio escribe a Doroteo. Se trata de “no engreírse a sí mismo y no creer en alguna alabanza que se le haga”.

⁶ En la *Carta 326* Juan, el Profeta, dice a Doroteo: “*Todos los bienes del monasterio son de Dios*”.

CARTA 4

Al mismo

189. *Pregunta:* Mi espíritu se regocija por tus palabras y quisiera vivir en esas disposiciones, pero ¿de dónde viene que no la tengo en el momento de los hechos?

Respuesta: Se debe a que no la meditas sin cesar. Si tú deseas tenerlas en el momento oportuno, medítalas sin cesar, permanece en ellas y tengo confianza en Dios que progresarás. Une la oración a la meditación. Cuida de los enfermos para que, en primer lugar, adquieras la compasión, como te lo he dicho muchas veces, y después, para que Dios suscite a alguien que cuide de ti cuando estés enfermo, pues “*la medida con que ustedes midan se usará para medirlos*” (Mt 7,2). Cuando te pones a hacer cualquier cosa con aplicación y según tus fuerzas, debes saber y estar persuadido de que todavía no conoces el camino verdadero, y debes aceptar sin turbación, sin pena y con gozo que te digan que te has equivocado en aquello que has hecho con aplicación, pues el juicio de aquellos que son en verdad más sabios que tú, corrige lo que es defectuoso o hace definitivo aquello que está bien. Esfuérzate por progresar, a fin de que si te llega una prueba, sea corporal o espiritual, seas capaz de soportarla con paciencia, sin turbarte ni desfallecer. Si se te acusa de haber hecho algo que no has hecho, no te turbes ni indignes. Haz inmediatamente una disculpa al que te habla, diciéndole humildemente: “Perdóname y reza por mí”. Después guarda silencio, tal como dicen los Padres. Si te pregunta: “¿Eso es verdad o no?”, haz una disculpa con humildad y di toda la verdad de lo que ha sucedido. Después de haber hablado haz otra disculpa y di: “Perdóname y reza por mí”⁷.

CARTA 5

Al mismo

190. *Pregunta:* ¿qué debo hacer, pues no tengo esa ecuanimidad en la relación con los hermanos?

Respuesta: Todavía no la puedes tener. Al menos esfuérzate por no ofender a nadie, por no juzgar a nadie, por no maldecir a nadie, de no entretenerte por cualquier palabra o acción o gesto de un hermano, que no te

corresponda. Más bien trata de ver lo edificante. No busques aparentar en aquello que hace o dices, y no seas vanidoso. Guarda la libertad interior en tu conducta y palabras, hasta en el más pequeño detalle. Sabe que si alguien, combatido o tentado por un pensamiento apasionado, llega a ponerlo por obra, hace que la pasión se haga más fuerte en él, pues le da poder para seguir combatiéndolo y atormentarlo más. Si, al contrario, lucha y se opone al pensamiento, obrando en contra de lo que le sugiere, como lo he dicho con frecuencia, la pasión se debilita y pierde fuerza para combatirlo y atormentarlo. Y así, poco a poco, luchando con el auxilio de Dios empieza a ser señor de la pasión misma.

CARTA 6

Al mismo

191. *Pregunta:* ¿Por qué el *abba* Poimén dice que hay tres cosas capitales: temer al Señor, orar al Señor y hacer el bien al prójimo?⁸

Respuesta: El anciano dice ante todo: “temer al Señor”, pues el temor de Dios precede a toda virtud y porque el comienzo de la sabiduría es el temor del Señor (cfr. *Sal* 110,10), y también porque sin temor de Dios nadie llega a alcanzar una virtud ni hace nada bueno. Pues “siempre es por el temor del Señor que nos separamos del mal” (*Pr* 16,6).

El Anciano sigue diciendo: “orar al Señor”, pues sin el auxilio de Dios, el hombre no puede ni adquirir una virtud ni cumplir ningún bien; incluso si, temiendo a Dios, así lo quiere y se esfuerza. Es absolutamente necesario nuestro esfuerzo y la colaboración (*sinergia*) de Dios. El hombre tiene siempre necesidad de orar para pedir a Dios que lo ayude y que coopere con él en todo lo que hace.

Finalmente “hacer el bien al prójimo” es la caridad. Pues aquel que teme al Señor y ora a Dios sólo es útil a sí mismo. Por otra parte toda virtud es consumada por la caridad hacia el prójimo. Es por eso que el anciano agrega: “hacer el bien al prójimo”. En efecto, incluso si tememos a Dios y le oramos, debemos también ser útiles al prójimo y hacerle el bien. Pues es allí, en la práctica de la caridad, donde está la perfección de las virtudes, según la palabra del Apóstol (cfr. *Rm* 13,10; *I Co* 13,13).

⁸ *Apoteg.* Poimén 160.

CARTA 7

A un hermano que lo había interrogado acerca de la insensibilidad del alma y el enfriamiento de la caridad

192. Contra la insensibilidad⁹ del alma, hermano, es útil leer continuamente las divinas Escrituras, así como las sentencias “*compunctorias*” (*catanúcticas*¹⁰) de los Padres *teóforos*, guardar el pensamiento de los temibles juicios de Dios, recordar que el alma saldrá del cuerpo y reencontrará las temibles Potencias con las cuales ha cometido el mal en esta corta y miserable vida, que tendrá que comparecer ante el terrible e incorruptible tribunal de Cristo y rendir cuenta delante de Dios, delante de todos los ángeles y toda criatura, no solamente de los actos, sino incluso de las palabras y pensamientos. Recuerda también constantemente esas palabras que dirá el Juez temido y justo a aquellos que estarán a su derecha: “*Aléjense de mí, malditos; vayan al fuego eterno preparado para el demonio y sus ángeles*” (Mt 25,41). También es bueno recordar las grandes tribulaciones de la humanidad, pues incluso así, el alma dura e insensible podrá ablandarse y tomar conciencia de su propia miseria.

En cuanto al enfriamiento de tu caridad fraterna, eso proviene de acoger los pensamientos de sospecha, de que te fías de tu propio corazón, y de que no quieres sufrir nada contra tu voluntad. Por eso debes, en primer lugar, con la ayuda de Dios, no hacer caso de tus sospechas y aplicarte con todas tus fuerzas a humillarte delante de los hermanos y a rechazar por ellos tu voluntad propia. Si uno de ellos te injuria o te aflige de alguna manera, ora por él, como han dicho los Padres¹¹, con el pensamiento de que te dará grandes beneficios y que Él es un médico que sana en ti el amor al placer. Con ello se calmará tu cólera, pues la caridad es, para los santos Padres, “un freno de la cólera”¹². Pero, ante todo, suplica a Dios para que te dé un espíritu despierto y lúcido, para conocer “*lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto*” (Rm 12,2), junto con la fuerza para estar preparado para toda obra buena.

CARTA 8

A un hermano oprimido por una tentación

⁹ *Anaihestias*.

¹⁰ *Katanuctikón logion*.

¹¹ ISAÍAS; ZÓSIMO, PG 78,1684 C.

¹² EVAGRIO, *Practikós* I, 26.

193. Ante todo, hijo, nosotros ignoramos los designios de Dios y debemos abandonarle el gobierno de nosotros mismos; es eso lo que debemos hacer, sobre todo ahora. Si tú quieres juzgar lo que te sucede con razonamientos humanos, en lugar de volcar en Dios tu preocupación, tú te cargas de penas. Por eso cuando los pensamientos contrarios comienzan a oprimirte, debemos clamar a Dios: *Señor, como tú lo quieres y lo sabes, arregla este problema*¹³. La Providencia de Dios hace muchas cosas contra nuestros pensamientos y nuestras esperanzas, y lo que esperábamos de una manera sucede de otra. Brevemente: en el momento de la tentación debemos mantener la paciencia, orar y no querer dirigir, tal como te he dicho, los pensamientos demoníacos con razonamientos humanos. El *abba* Poimén, que lo sabía, afirmaba que el consejo de “no inquietarse por el mañana” (cfr. Mt 6,34) se dirige a un hombre tentado¹⁴. Convencido de que es así, abandona, hijo, todo pensamiento personal, aunque parezca muy prudente, y ten firme la esperanza en Dios que “obra infinitamente más de lo que podemos pedir o pensar” (Ef 3,20). Hubiese podido responder a todo lo que me dices, pero no quiero discutir contigo, como no lo hago conmigo mismo; prefiero que permanezcas en el camino de la esperanza en Dios, pues ese camino está más libre de preocupaciones y es más seguro. ¡Que el Señor sea contigo!

CARTA 9

Al mismo hermano

194. Hermano, acuérdate del que dijo: “*Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de los Cielos*” (Hch 14,22). No ha precisado: por estas o tales tribulaciones, sino que ha dicho en forma indeterminada: “por muchas tribulaciones”. Soporta entonces las que vengan con acción de gracias, con sabiduría, como agradables, si es que tienes pecados; si no los tienes, tómalas como purificación de las pasiones o como que te procuran el Reino de los Cielos. El Dios amigo de los hombres y de las almas, que dirigiendo el viento y el mar produjo una gran calma (cf. Lc 8,24), dirigirá también, hijo, tu tentación. Que te conceda la apertura del alma para conocer las perversidades del enemigo. Amén

¹³ Cfr. *Apoteq.* Macario 19.

¹⁴ *Apoteq.* Poimén 1.

CARTA 10

A un hermano que está con una larga enfermedad y diversos malestares

195. Te ruego, hijo, que tengas paciencia y des gracias por todos tus malestares, que te vienen con la enfermedad, según esta palabra: Recibe todo lo que te llega como un bien, para que la intención de la Providencia se realice en ti conforme a su buen grado, hijo mío. Ten coraje, sé fuerte en el Señor y en sus designios para contigo. ¡Dios esté contigo!

CARTA 11

A un hermano en la tentación

196. ¡Paz a ti en Cristo, hermano! Ten firme en tu corazón que has dado seguramente pretexto a la tentación, aún cuando, por el momento, no encuentres la causa. Acúsate, sé paciente y ora. Tengo confianza en que la ternura del buen Señor, Cristo, alejará la tentación. El Apóstol dice: *“La paz de Dios, que supera todo lo que podemos pensar, guardará sus corazones”* (Flp 4,7).

CARTA 12

Al mismo

197. No te asombres, hijo, si en la ruta que conduce a las cumbres, caes en las espinas y el fango, para volver a encontrar enseguida el camino. Pues los que están en el combate caen ellos mismos y hacen caer también. *“La vida del hombre sobre la tierra –ha dicho el gran Job–, ¿no es acaso un tiempo de prueba?”* (Jb 7,1). Y otro santo confiesa: “el hombre que no ha sido probado, no está firme”¹⁵. En el ejercicio de la fe somos probados para que sea reconocido nuestro valor y para que aprendamos a combatir. *“Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de los Cielos”* (Hch 14,22). ¡Qué la esperanza del fin sea nuestra firmeza en medio de todos los acontecimientos! El santo Apóstol nos dice para fortificarnos en la paciencia: *“Dios es fiel y no permitirá que sean tentados más allá de sus fuerzas. Junto con la tentación les dará el medio que les permitirá resistirla”* (1 Co 10,13). Y que el Señor, que es la Verdad, te consuele con sus palabras: *“Tendrán que sufrir en el mundo, pero tengan coraje, yo he vencido al mundo”* (Jn 16,33). Medita

esto y mantenlo. Hijo, acuérdate del Señor y su bondad te acompañará en todo, pues es misericordioso y conoce nuestra incapacidad. Él mismo ordenará a las olas y traerá la calma a tu alma, por la oración de los santos.

CARTA 13

Al mismo hermano

198. Del mismo modo que la sombra sigue al cuerpo, así las tentaciones siguen a los mandamientos. Pues “nadie, dice el gran Antonio, entrará en el Reino de los Cielos sin haber sido tentado”¹⁶. Hijo, no te asombres si, preocupado por tu salvación, encuentras tentaciones y tribulaciones. Ten paciencia sin perturbarte y ora, agradeciendo haber merecido la prueba en el cumplimiento del mandamiento, para que tu alma sea esforzada y su valentía sea reconocida. ¡Qué el buen Dios te conceda la gracia de ser vigilante y paciente en el momento de la tentación!

CARTA 14

Al mismo hermano

199. El *abba* Poimén ha señalado acertadamente que el consejo de “no inquietarse por el mañana” (cf. Mt 6,34) se dirigía a alguien en la tentación. La palabra: “pon tu preocupación en el Señor” (Sal 54,23) se refiere a la misma situación. Hijo, aléjate de los pensamientos humanos y ten firme la esperanza en Dios, que realiza más de lo que podemos imaginar, y la esperanza en Dios te dará el reposo. Hijo: que el Señor te ayude por la oración de los santos. Conviene que tengamos lejos esos pensamientos, pues no tenemos la seguridad por la vida del día de mañana.

CARTA 15

Al mismo hermano

200. Somos la creación y la obra de un Dios bueno y amigo de los hombres, que ha dicho: “Vivo yo, dice el Señor, y no quiero la muerte del pecador”.

¹⁶ *Apoteq.* Antonio 5.

dor, sino que se convierta y que viva” (Ez 33,11). Y también: “No he venido ha llamar a los justos sino a los pecadores” (Mt 9,13) a la penitencia. Si es así y lo creemos, volquemos sobre el Señor nuestra preocupación y él mismo nos alimentará (cfr. Sal 54,23), es decir, nos salvará. Pues cuida de nosotros. Hijo, Él mismo consolará tu corazón por la oración de los santos. Amén

CARTA 16

A un hermano enfermo que tiene pensamientos encontrados sobre aquellos que se ocupan de él

201. En el nombre de Jesucristo. Hermano mío, no tenemos ningún derecho sobre el prójimo. Debemos, por caridad, soportar y apoyar eso. Nadie dice al prójimo: “¿por qué no me quieres?”, sino que, haciendo lo que gana la caridad, atrae al prójimo hacia la caridad. En cuanto a las necesidades del cuerpo, si alguien merece ser atendido, Dios inspirará incluso el corazón de los Sarracenos para que le hagan misericordia en sus necesidades¹⁷. Si no lo merece, o para su corrección no le es útil ser consolado, incluso podrá crear un cielo nuevo y una tierra nueva pero no encontrará reposo. Por otra parte, decir que eres una carga para los hermanos es ser presuntuoso. Pues cuando damos a un hermano, que quiere ser salvado, la posibilidad de cumplir con un mandato de Dios, no decimos: “soy una carga para él”. Quien aborrece a las personas irritantes, aborrece la mansedumbre. Quien huye de los descarados huye del reposo en Cristo. Hijo, que el Dios amigo de los hombres nos proteja gracias a las oraciones de los santos. Amén.